

Historia

del gorila

JAIME MUÑOZ VARGAS

a Édgar Valencia

—¿ME QUEDA BIEN, NO? ¿O ustedes qué opinan, cabrones?

El imbécil del Gorila se había probado cinco batas chinas y sólo estuvo conforme con la del dragón dorado. Se sentía muy guapo, muy lindo el pendejo Gorila con aquella bata de seda que le quedaba como túnica de adivinador. Los demás lo mirábamos con asombro y con la carcajada a flor de jeta. No queríamos reír, pero la verdad daban muchas ganas con el Gorila allí, esculcando en el gran clóset a ver qué se ponía, ridículo y feliz. Lo recuerdo, era 1978, junio. En las películas de Mauricio Garcés y Silvia Pinal habíamos visto ese tipo de casas grandototas, lujosas en cualquiera de sus rincones. Todos éramos del Barrio Azul y en las tardes el más acomodado de los seis tenía la obligación de vender chicles afuera del cine Palacio. Pura morralla. Éramos pura morralla, empezando por el cabrón del Gorila que con la bata china se movía frente al espejo como si fuera Mauricio Garcés en una película de las taquilleras.

La casa era de Bruno del Rivero, un señor de la política en Gómez Palacio. En las fotos que estaban en una especie de oficina se le veía muy orgulloso saludando a muchos hombres importantes. En una

imagen le pegaba un cálido abrazo a Díaz Ordaz. En otra, al doctor Mayagoitia, el que después sería o ya era gobernador de Durango, no recuerdo. En otra más sonreía frente a la cámara levantándole el brazo al *Mantequilla* Nápoles. La que más me impresionó fue la del viejo en un restaurante con la actriz Fanny Cano en su mejor momento, escotadísima y de bellísimos pechos. Bruno del Rivero se había dado tiempo para conocer a las estrellas. Era líder de la Confederación Nacional Campesina en Gómez Palacio y con eso, más una diputación y una senaduría, había logrado hacerse de una cantidad de dinero lo suficientemente grande como para fotografiarse con el ex presidente y con Fanny Cano.

Estábamos en aquella casa el Gorila, Quique, Juanito, Popo, Marrufo y yo. La casa ocupaba media manzana y estaba toda bardeada con un murallón como de cuatro metros y remate de púas. Tenía una cochera para cinco carros, alberca, cancha de tenis, salón de juegos, oficina, comedor, ocho habitaciones, sala de televisión, como seis baños, una cocina que ocupaba más metros cuadrados que mi casa y una sala donde no cabía un lujo más. Según esto, el Gorila fungía de velador en ese búnker. Le había caído esa chamba gracias a su tía, la cocinera del senador Del Rivero. Cuenta el Gorila:

JAIME MUÑOZ VARGAS

(Gómez Palacio, Durango, 1964)
Escritor, maestro, periodista y editor. Radica en Torreón. Licenciado en Ciencias de la Información, tiene estudios de maestría en Historia. Ha publicado los libros *El principio del terror* (novela, 1998, primera reimpresión, 2004), *Juegos de amor y malquerencia* (novela, 2003), *Pálpito de la sierra tarahumara* (poesía, 1997), *Filius* (poesía, 1997), *El augurio de la lumbre* (cuento, 1989), *Tientos y mediciones* (periodismo, 2004), *Miscelánea de productos textuales* (periodismo, 2005, e-book) y *Guillermo González Camarena, habitante del futuro* (biografía para niños, 2005). Ha ganado el premio nacional de narrativa joven (1989), el premio nacional de novela Jorge Ibaranguoitia (2001), finalista en el concurso nacional de novela Joaquín Mortiz 1998, ganó el premio nacional de cuento San Luis Potosí (2005), el premio nacional de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y el premio nacional de cuento Sobre rieles (2005). Escribe la columna «Ruta Norte» para el diario *La opinión Milenio*. Reseñas y artículos suyos han aparecido en diversas publicaciones de circulación local, nacional e internacional. Irritililla2001@yahoo.com

—Salimos a Europa por un mes. Voy a contratar a un velador —dijo el político.

—Yo tengo un muchacho desocupado. Le caería muy bien ese trabajo. ¿No me deja traerlo para que usted lo vea? Ya está grande y es muy fuerte y responsable —dijo la tía cocinera.

Entonces una tarde llegó la tía con el Gorila y se lo presentó al senador.

—Aquí está el muchacho, mi sobrino, señor Del Rivero.

El Gorila dice que don Bruno del Rivero ni siquiera lo volteó a ver. Leía el periódico al lado de su alberca, fumaba puro, bebía jugo de tomate y sólo dijo:

—Te vas a quedar día y noche en la casa. No saldrás un solo minuto. Es nomás por un mes. Tu tía te traerá lo de comer cada semana. Usarás el cuarto de servicio para dormir. Cuando regrese arreglamos lo de tu salario. Sólo recuerda que yo pago mejor que nadie en todo Gómez.

Así dijo, dijo el Gorila. «Sólo recuerda que yo pago mejor que nadie». El Gorila asintió con la cabeza y con un «ajá» a cada indicación del senador instalado detrás de su periódico. Tenía 18 años, era negro y alto y ya panzón, un gorila de verdad, o tal vez más feo. El primer día de encierro lo dedicó a conocer cada palmo de la casa. Nadó solo. Jugó billar. Vio mucha tele. Quizá se dio cuenta que aun con tantos lujos a su merced el encierro no lo merecía ni el peor de los gorilas. Pasó una semana y se hizo de una rutina. Su tía llegó el sábado con una bolsa gigante de alimentos. Pura cosa buena, muchas latas, mucha fruta, bastante carne. Para la segunda semana el Gorila ya se sabía de memoria cada rincón de la casa tal vez mejor que el dueño. En una caja de madera que parecía ataúd había más herramienta que en el taller mecánico donde alguna vez trabajó. Descubrió una hermosa cava donde el senador tenía como cien botellas con vino de marcas y de orígenes indescifrables pese a las etiquetas. En el clóset de la habitación principal dormía una caja fuerte de color

verde oscuro, antigua y poderosa. Al lado del comedor había una sala de televisión y en una pared enorme un librero que al Gorila no le interesó ni para matar el rato. Dormía, nadaba, comía, se rascaba los testículos, dormía y nadaba otra vez. La segunda semana terminó y el sábado su tía estuvo de vuelta.

—Me preguntó por ti el Popo. No le dije dónde estás, para que no se le ocurra venir —dijo la tía cocinera mientras guardaba en el refrigerador los víveres de la semana siguiente.

—Ande, tía, ya ni la hace. El Popo me debe un dinero, si lo ve dígame que me busque aquí para que me liquide —inventó el Gorila.

Pasó otra semana y el Gorila comenzó a sentirse como muerto lleno de lujos. Dice que se la jalaba tres veces al día, pero sospecho que eran más. La tercera semana fue terrible. El encierro era espantoso, más para un vago como el Gorila. Pero quería ganarse el dinero. Lo necesitaba. El Gorila siempre necesitaba dinero. Le gustaba mucho gastar. La tía llegó para dejar el último tanto de la despensa y ese mismo sábado en la tarde se apareció el Popo. Al Gorila casi se le detuvo el corazón cuando oyó el gran timbre de la puerta. Abrió y allí estaba su amigo, desconcertado. El Gorila traía puesto su pantaloncillo de nadar, un improvisado *short* de mezclilla con barbitas. Invitó al Popo a pasar y le explicó la razón de su aislamiento. Quedaba una semana por delante y se les ocurrió una idea. El Gorila decidió convidar a sus amigos; era necesario que vivieran una semanita en el paraíso del senador Del Rivero. El Popo salió en busca de los demás. Nos convenció muy fácil. El domingo en la mañana aparecimos con una mochila en la espalda cada uno. El Gorila se veía notablemente feliz. Ya no iba a rumiar solo su vigilancia de la casa. Esa tarde nadamos como bagres. Había un pequeño trampolín y el Gorila nos enseñó lo que había practicado durante tres semanas. Apre-

dió a rebotar, dar un giro en C y entrar al agua como pelicano, como pelicano gordo. Tratamos de imitarlo pero nadie pudo. Noté que la dicha de ver a sus amigos después de tanto encierro fumándose su soledad había trastornado al Gorila. Nos pasó a la cocina y comimos de su latas y de sus refrescos. Nos llevó a unos como archiveros y sacó raquetas y pelotas de tenis. Durante dos horas intentamos, pero era difícil y decidimos quitar la red para mejor hacer un tres contra tres de futbolito con un balón profesional que estaba debajo del Mercedes. Terminamos tan agotados luego de la cena que fuimos a caer dormidos en los sillones atigrados de la sala, en el estudio, en la alfombra del recibidor.

El Gorila amaneció más descompuesto. En un día dimos cuenta de su ración de comida semanal y entonces nos abrió la alacena del senador. Había de todo allí. Metimos al refri las latas de cerveza caliente y poco a poco las fuimos consumiendo. Cuando se terminaron, el Gorila nos llevó a la cava y sacó una botella de vino sospecho que francés. Luego otra de chileno, y otra más de español. Las botellas y la latas de la alacena fueron cayendo una por una. En la noche se le ocurrió al Gorila pedirle un préstamo al Quique para conseguir una puta. El Quique aceptó. El Popo salió a buscarla y en la noche se la trajo al Gorila, quien se quejó por lo feo de la mujer.

—¿No pudiste conseguir una más feroz, cabrón?

—Es lo que alcanzó. ¿Querías que con esa lana te trajera a Meche Carreño, pendejete?

Pero el Gorila estaba tan desesperado que esa misma noche se encerró en el cuarto del senador para echarse a la gorda. Poco antes se había probado las batas de seda y la que más le gustó fue la del dragón dorado.

—Cuando me vea vestido con esta bata la cabrona no me va a querer cobrar.

—A ver si no te confunde con Mauricio Garcés —le dije y todos rieron.



En el cuarto ya tenía listas sobre el buró dos botellas de champaña francesa, las que se veían más caras. Los demás nos salimos para esperar el triunfo del Gorila, y él toda la noche se la pasó fornicando con la gorda y sólo se asomó dos veces para pedir más botellas de la cava. Nosotros, mientras tanto, despachábamos también nuestras botellas y comenzamos a volvernos locos. Yo me puse a hojear libros. Muchos todavía estaban envueltos en el celofán de la tienda, y yo se los quité para poder hojearlos. Juanito no alcanzó a llegar al baño cuando se le vino el vómito y dejó una estela de inmundicias por un pasillo. Marrufo se la pasó tragando y dejó la salita de televisión convertida en un trochil. Popo no paraba de beber; dejaba botellas a medias sobre el comedor principal y sólo las abría para saber cuál sabía mejor. Mientras tanto, el Gorila Garcés se apareaba con la gorda y todos éramos felices en la casa del senador. Cuando me cansé de envidiar las colecciones de libros fui a la oficina y vi las fotos. Vaya que el senador tenía dinero. Vaya que sí. Yo también cargaba mi botella de vodka a todas partes y no recuerdo a qué hora de la madrugada me sorprendió la necesidad de dormir.

Estábamos tan borrachos que el senador tuvo tiempo de traer a la policía sin despertarnos. El hijo de la chingada casi aglutinó al ejército para caernos mientras mejor dormíamos. Recuerdo que de repente me jalaban de los pelos y todavía con los ojos cerrados por la sorpresiva luz sentí un rodillazo en el centro de los aguacates. Cuando pude ver ya tenían tirados bocabajo al Quique, al Popo y al Marrufo. Juanito estaba más allá, vomitando mientras un judicial lo apretaba de la nuca. Traté de ver a mi alrededor antes de que me arrojaran al suelo a mí también. Descalzo, pisé el vómito fresco de Juanito. Vi como a diez azules y a cuatro o cinco mastodontes vestidos de civil, judiciales. Tal vez había más, pero ya no hubo tiempo de ver porque de un puñetazo en el abdomen me aflojaron

y fui a derrumbarme con los cachetes en el piso. De una patada abrieron la habitación del senador. Yo estaba en buen ángulo y medio sesgado vi al Gorila y a su puta encueradotes sobre la cama del senador. Las sábanas de seda colgaban hasta la alfombra y un montón de botellas vacías adornaban más aquel desastre. Los judiciales no le dieron tiempo al Gorila ni de abrir los ojos. El senador entró detrás de los judiciales y sólo le alcancé a oír una frase:

—Chínguense a ese hijo de su pinche madre. Que sepa con quién se metió. Jódanselo.

La puta quiso reclamar, desnuda y fofa, pero un judicial le gritó «cállate, perra», y la redujo con una bofetada en el hocico. Al Gorila, pobre, le soltaron una lluvia de golpes; sonaban los porrazos con una violencia tal que provocaba dolor en las orejas nada más de escucharlos. Así desnudo lo pararon y como si fuera un costal de frijol lo arrojaron a mi lado. Tuve su cara a medio metro y vi que lloraba por el ojo que le dejaron más o menos bueno. La cara del Gorila estaba deforme, su boca lucía muy hinchada y chorreaba abierta de una de las comisuras; no traía playera y noté en el pedazo visible de la espalda una especie de arañazo que le marcó surco de sangre. A la pobre puta la dejaron noqueada sobre la cama.

Mientras unos azules nos vigilaban, oí que el senador conversó con los judiciales. Cuando terminaron de hablar, los animales comenzaron a vaciar los cajones del clóset, tumbaron los libros, destaparon las botellas que todavía abundaban en la cava, vaciaron la ropa de los ganchos, destriparon la cocina.

—Abra la caja y saque todo lo de valor —dijo un judicial.

Un policía me dio una patada en la mejilla cuando traté de levantar más la cabeza para ver. Yo casi estaba seguro que aquello era una pesadilla hasta que de plano me quedé dormido porque a otro policía se le antojó mi nuca para aplicar allí un cachazo con su rifle.

Juanito y yo teníamos 16, Marrufo 17 y el Popo, Quique y el Gorila 18. A los tres que tenían mayoría de edad les clavaron seis años de bote. A Juanito, a Marrufo y a mí nos mandaron al tutelar para menores. El senador había preparado todo el show antes de convocar a la prensa. La nota del periódico la recortó mi madre para que viera yo el tamaño del escándalo y me avergonzara para siempre de «mis amigos» y de «mi conducta». A mí me soltaron seis meses luego, pues un primo mío tenía un tío que a su vez era lejano pariente de un tipo con una influencia microscópica en los juzgados. Él fue quien me contó detalladamente los hechos: los seis nos habíamos metido a la casa del senador, robamos vinos importados, saqueamos y destruimos; lo peor había sido que violamos la caja fuerte y sacamos centenarios, joyas, un par de pistolas y dinero. La prensa jamás preguntó qué tan falso o qué tan cierto era todo eso. Salimos en la primera de notas regionales convertidos en una basura imperdonable, irredimible.

Ocho años después de la putiza el senador Del Rivero quiso ser alcalde de Gómez Palacio. Poco a poco fui sabiendo menos de mis amigos, pues mi madre pronto decidió que nos mudáramos a otro barrio. A Juanito lo vi un par de veces; estaba muy cambiado. Trabajaba en una tienda como cargador de mercancía, y era muy responsable; me dijo que en la cárcel Marrufo se había aficionado tanto a las drogas que, cuando salió, un día de invierno lo hallaron tieso en la banqueta a cuatro cuerdas del hospital donde lo estaban desintoxicando. Del Gorila, de Popo y de Quique ya nunca supe más, aunque no es difícil imaginar en qué terminaron luego de vérselas con el senador. No sé cómo, pero yo me salvé. Mi madre trabajaba todo el día de costurera en la casa y no le iba tan mal. De hecho, su clientela cada vez era más gran-

de y siempre le fue fiel. Terminé la prepa con mucho sacrificio y no tan malas notas, y un día se me ocurrió entrar a una universidad privada para solicitar beca. Era casi seguro que me echaran de un punta-pié, pero ocurrió el milagro de que me aceptaran. Yo sólo debía pagar las inscripciones al inicio de cada semestre y para mi madre no fue tan difícil ahorrar cada mes una parte del monto correspondiente a la inscripción. Había estado decepcionada de mí, pero poco a poco su tristeza se convirtió en orgullo. Su hijo estaba estudiando comunicación en una escuela cara. De seguro me imaginaba ya con una corbata y un buen coche, todo un profesionista. Por esas fechas entré a militar en el partido. Éramos veinte gatos en toda la ciudad, pero me hacía feliz luchar en esa utopía. Yo sabía cuál era el fondo de esa preocupación: Bruno del Rivero y su deseo de ser alcalde. Yo soñaba con impedirlo, soñaba con ganarle las elecciones, soñaba con tumbarlo de su pedestal de mierda y desquitar los golpes que le dieron al Gorila. No era fácil. Más bien era imposible, pero yo soñaba con eso. Los camaradas del partido me prestaron libros y poco a poco entendí mejor las cosas. Mi guerra contra Del Rivero era una manifestación clara, a escala, de la lucha de clases. Yo era muy ingenuo.

En la universidad no tenía ningún problema. Las materias era fáciles y no hice allí muchos amigos, así que no tuve tiempo de perder el tiempo. Allí fue donde vi el letrero del periódico: la solicitud era explícita. Se solicita joven reportero; medio día de trabajo; sepa tomar fotos; buen sueldo y posibilidades de aprendizaje. Fui. Todo era cierto, menos el buen sueldo, pero acepté. En las mañanas iba a la universidad, en las tardes reportaba y algunas noches me daba la vuelta por el partido. Nunca estuve más entusiasmado que en aquellos meses. El periodismo me gustó de veras. También por esas fechas comencé a leer literatura y muy pronto me dieron envidia los cuentistas. Intenté en

secreto algunos relatos, pero fracasé. De cualquier forma no dejé de imaginarme escribiendo un cuento alguna vez. Mi libro favorito era *Final del juego*; de allí, el cuento que más me gustaba era sin duda «Axólotl», aquella historia del anfibio mexicano mirado obsesivamente por el personaje narrador, un personaje narrador que al final termina siendo el propio ajolote. Era 1985 y faltaba un año para terminar mi tránsito por la universidad. Me dejé la barba y el bigote y por eso mi madre comenzó a decirme «hippie mugroso».

Las campañas políticas se agitaron al cerrar el año y tras eso crecieron mis responsabilidades en el partido y en el periódico. En las noches hacíamos pintas y organizábamos nuestra modesta lucha en dialécticas sesiones de discusión que a veces terminaban en la madrugada; sabíamos que el partido era un fracaso pero leíamos al Che y no dejábamos que decayera la moral. Un día recibí como orden de trabajo entrevistar al ex senador Del Rivero, eterno cacique de la CNC y ahora candidato a la presidencia municipal. Le llamé. Me dio la cita para el siguiente día, en su casa. Cuando llegué, un turbio recuerdo me invadió todo el pellejo. El candidato esperaba al reportero en una mesa con quitasol aladaña a la piscina. Fumaba puro y consumía un whisky perfecto. Me ofreció. No le acepté nada. En el centro de su mesa jardinera había un frutero como de comercial. Allí estaba, ya completamente en desuso, la cancha de tenis donde mis amigos y yo alguna vez jugamos al fútbol. Era la casa donde los judiciales nos vejaron. Cuando la vi por primera vez pensé que era lujosa. Ahora que la miraba en el recuerdo, como en un difuso cuento, me pareció de mal gusto. Ese tipo era un desclasado, un jodido politiquillo que con la ostentación quería tapar su carencia de vergüenza y de refinamiento.

Entrevisté al candidato y traté de ser sagaz. Logré muy poco. Del Rivero era don Mario Moreno: sabía hablar sin decir nada

y esquivó mis preguntas con la sagacidad de un ratón.

—¿Qué hará si no gana? —fue una de mis preguntas.

—No estamos acostumbrados a perder —contestó con un plural falsamente modesto—. Hemos ganado siempre y siempre ganaremos. De mí se acuerda. La historia la escribimos los ganadores.

No entendí para qué metía esa conclusión a la respuesta: tal vez era un anuncio, un siniestro anuncio. En ese momento ocurrió lo terrible, como si esa casa sólo sirviera para darme malas noticias. Aparecieron dos de los guaruras del candidato y uno de ellos le dijo algo al oído. Del Rivero se disculpó y me pidió que allí terminara la entrevista. Me extendió la mano, se puso de pie, tomó un plátano, lo peló con maestría y dio la espalda. Doblé mi cuaderno, saqué el casetito de la grabadora y avancé a la puerta seguido de los dos guaruras. No sé si el más gordo me reconoció. Casi puedo asegurar que sí. Era el Gorila.

Me di tiempo para buscar a Juanquito. Lo encontré descargando un camión completo de cajas con detergente Ariel. Me atendió extenuado y le dio risa que yo fuera reportero. Me dijo que Quique tal vez vivía con sus padres en la colonia Bellavista; me dio las señas de la casa y nos despedimos con la débil promesa de vernos cualquier día.

Quique me recibió en su habitación. Vivía con sus padres desde siempre, salvo durante el paréntesis negro de la cárcel. Era casi un despojo inofensivo. Se había metido al cuerpo costales enteros de pastas y de mariguana y se quedó atrapado en la pubertad. Todo el día se la pasaba encerrado viendo tele y le gustaba jugar al Atari. Pese a todo, su madre lo amaba y daba la impresión de que prefería verlo allí, vegetando, a saberlo por el mundo expuesto a la muerte en todas partes. La señora nos llevó dos Coca-Colas cuando supo que

yo era un amigo de la infancia de su Quique, «mi pequeño Quique».

—¿A poco no supiste? El Gorila estuvo tres años en el bote. Su tía le rogó al puto senador para que lo soltaran. El viejo aflojó. Quería mucho a la cocinera y hasta le dio trabajo de guarura al pendejo del Gorila. Lo perdonó al culero, lo compró. Yo sí me chingué y me tuve que tragar cinco años enteritos.

Gran parte de mi deseo por salir de la mierda se debía a mi resentimiento, a mi anhelo de ver humillado al senador que nos hundió aquella mañana en su mansión. Una parte considerable de ese odio se debía a mi recuerdo de la cara que le vi al Gorila cuando lo tiraron al suelo junto a mí. Yo quería vengarlo, vengarme, vengar a mis amigos, hacer que el senador viera rodar por tierra su poder. Yo era ingenuo, creía en la justicia y me tragaba mis panfletos sin ninguna autocrítica. Ahora el Gorila estaba del otro lado, era parte del enemigo y por un momento lo odié más que al senador. Pero el Gorila no podía ganarle al senador en las jerarquías de mi odio, así que pensé en seguir, cada vez con más temeridad, mi secreta lucha contra el ahora candidato. Le pedí un espacio al director del periódico para escribir artículos firmados. Aceptó. Escribí con fuerza, expuse en mi espacio los comentarios más violentos que pude contra el partido del ex senador. Pero era muy abstracto, por eso me dejaban escribir lo que fuera. Una semana antes de las elecciones decidí avanzar a fondo, ser por fin un periodista. Ya que los cuentos no me funcionaban, por lo menos que la gente me apreciara por los artículos. Investigué en los archivos policíacos el asunto de los jóvenes que robaron la casa del ex senador. Tomé datos precisos e hice conjeturas obvias. Ocho años después denuncié la fechoría del patán aquel contra seis jóvenes desmadrosos pero inofensivos. Con qué abuso del poder los aplastó. Cómo era posible que un sujeto así de déspota quisiera gobernar el

municipio. En un descuido del director logré colar mi artículo. Cuando vi aquello publicado me dio orgullo, pero inmediatamente después del orgullo deambuló en mi espalda un escalofrío de miedo. No era para tanto. El candidato tal vez ni siquiera se iba a enterar de mi petardo.

Esa misma noche fui al partido (me felicitaron mucho por «la bomba» que tiré ese día). Salí a las once. La casa de mi madre me quedaba a ocho cuerdas y siempre la hacía caminando pensando, fumando con tremenda felicidad e ideas. Iba alelado con el tema de mi artículo siguiente cuando la camioneta dio el frenón. Salieron dos tipos de la cabina y uno más saltó de arriba, como chango. Ni siquiera me preguntaron el nombre. De tres empujones me arrinconaron en una pared, de una patada me botaron el cuaderno y la grabadora y con seis o siete golpes bien colocados en la cara y en la panza fui a dar con todos mis huesos al cemento. Allí me patearon. Sentí botas picudas, de vaquero. Tal vez eran de casquillo, mineras, y dolían como el infierno. Parecía una pesadilla. Cuando dejaron de golpear oí que corrían hacia la camioneta. Yo tenía un buen ángulo, vi sus sombras alejarse. Uno de ellos, el más gordo, pareció olvidar algo y regresó. Se agachó a ras de suelo y ladeó la cabeza para observarme de cerquita. No había luz y tuvo que aproximarse mucho, quizá un poco menos de medio metro. Lo que vio seguramente fue que mi cara estaba deforme, que mi boca lucía muy hinchada y chorreaba abierta de una de las comisuras. El sujeto miró que mi camisa había quedado desgarrada y en un claro de mi espalda brillaba el arañazo que marcó surco de sangre. 🗿

Comarca lagunera, 21, julio y 2002

*Este cuento es parte del libro *Las manos del tahúr*, obra ganadora del Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo 2005 convocado por el Instituto Sonorense de Cultura y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.